



Capítulo 2

<https://doi.org/10.22402/ed.leed.978.607.26779.9.9c2>

Historia y Masculinidades: Distenciones Necesarias en la Construcción Democrática



History and Masculinities: Necessary Distensions in the Democratic Construction

Gustavo Adolfo Enríquez Gutiérrez
Universidad Pedagógica Nacional-Morelos

1

2

Parte 1

3

4

5

Parte 2

6

7

8

Parte 3

Epílogo

Glosa editorial

Este capítulo ofrece una lectura histórica y crítica sobre la construcción de la masculinidad en el México moderno de mediados del siglo XX. El autor analiza cómo el proyecto nacional posrevolucionario produjo un ideal masculino hegemónico —mestizo, urbano, heterosexual, productivo y moralmente normado— sostenido por políticas estatales, saberes científicos, expresiones artísticas y discursos literarios. La narrativa revela la articulación entre cuerpo, raza, género y nación como pilares del imaginario varonil dominante, a la vez que expone las tensiones, exclusiones y violencias ejercidas contra quienes quedaron fuera de ese molde: indígenas, mujeres, homosexuales, personas con discapacidad y sujetos considerados “anormales”.

A través de fuentes literarias, documentos oficiales, obras de arte, casos clínicos y referentes culturales emblemáticos, el texto reconstruye cómo la modernidad mexicana disciplinó

cuerpos y subjetividades para sostener un orden patriarcal y racializado, y cómo diversas manifestaciones sociales y culturales abrieron fisuras a esa narrativa dominante. La mirada histórica dialoga con debates actuales sobre género, ciudadanía y democracia, invitando a situar las masculinidades como construcciones sociales sujetas a conflicto, transformación y disputa política.

Se trata de una contribución indispensable para comprender las genealogías del machismo y los procesos formativos del ideal masculino nacional, así como los gestos de resistencia y reapropiación que anticipan horizontes más plurales, sensibles y democráticos para las masculinidades en México..

Palabras clave: Masculinidad, Modernidad Mexicana, Política, democracia

Editorial Note

This chapter offers a historical and critical examination of how masculinity was constructed in mid-twentieth-century modern Mexico. The author traces the emergence of a hegemonic male ideal—mestizo, urban, heterosexual, productive, disciplined, and morally normative—sustained by state policies, scientific discourses, artistic production, and literary representations. The narrative demonstrates how body, race, gender, and nation intertwined to define the dominant masculine model, while simultaneously revealing the exclusions and forms of violence enacted against those who did not fit this mold: Indigenous peoples, women, homosexuals, people with disabilities, and individuals deemed “abnormal.”

Drawing on literature, official documents, art, clinical cases, and cultural icons, the text reconstructs how Mexican modernity

disciplined bodies and subjectivities to sustain a patriarchal and racialized order, and how multiple forms of cultural and social expression generated cracks in that dominant imagery. The historical lens converses with contemporary debates on gender, citizenship, and democracy, urging us to understand masculinities as social constructions shaped by conflict, transformation, and political contestation.

This chapter is a crucial contribution to understanding the genealogies of machismo and the formation of Mexico's national masculine ideal, as well as the acts of resistance and re-signification that pave the way toward more plural, sensitive, and democratic masculinities

Keywords: Masculinity, Mexican modernity, Politics, Democracy

Índice

1. Introducción, 52
2. Bosquejo: Masculinidad dominante en la modernidad nacional, 55
3. Obra: Arte y ciencia de la masculinidad en la modernidad mexicana, 59
4. Interpretación: La interrogación política del cuerpo a la masculinidad , 65
5. Conclusiones, 69
6. Referencias, 71

Yo soy mexicano (Fragmento)

Yo soy mexicano, por suerte mía,
la vida ha querido que por todas partes
se me reconozca por mi valentía

Yo soy mexicano, de naiden me fio
y como Cuauhtémoc cuando estoy sufriendo,
antes que rajarme, me aguanto y me río

Me gusta el sombrero, echado de la'o
pistola que tenga cachá de pela'o,
fumar en hojita tabaco pica'o,
jugar a los gallos, saberme afama'o
pero más que todo, ser enamora'o

Yo soy mexicano, muy atravesá'o

Manuel Esperón y Ernesto M. Cortázar (1943)

INTRODUCCIÓN

El capítulo busca trazar un bosquejo general sobre los imaginarios sociales⁵ de la masculinidad en la modernidad mexicana a mediados del siglo XX. El ser hombre en México a mediados del siglo pasado implicó ser parte de las imágenes construidas desde el mestizaje y la forma en que éste se concretó en el proyecto de modernidad nacional. El hombre mexicano fue estudiado, descrito y formado según los significados sociales del hombre nuevo, el hombre medio o el mestizo indicado en las políticas sociales y culturales de los gobiernos mexicanos. El significado de lo mexicano fue construido desde el poder y concretado por los pensadores, políticos, artistas y científicos nacionales desde el centro del país. El delineado particular del hombre mexicano fue una tarea regional, estatal y local encarnada en las múltiples instituciones sociales en cada parte del país, pero, sujeto a negociaciones particulares.

Lo masculino fue construido desde la negación binaria de su contrario lo femenino. El hombre fue caracterizado por lo varonil en franca oposición a lo femenino, afeminado. La hombría se tejió desde el cordel de los atributos del hombre fuerte, formal y activo a diferencia de lo afeminado débil, informal y pasivo. Varonil versus afeminado determinaron un conjunto de rasgos visibles en el cuerpo y retocados en las actividades públicas, privadas, productivas e improductivas. Lo afeminado fue encerrado en las labores de la casa y las funciones determinadas por la condición biológica del cuerpo femenino. Las canciones, las imágenes y las expresiones delinearon a hombres y mujeres en los imaginarios sociales del mexicano y la

⁵ El imaginario social favorece la elucidación de sus sentidos de acuerdo con Anzaldúa y Ramírez (2016) al comprender el modo en que los sujetos y la sociedad elaboran incesantemente significaciones sobre el mundo, la sociedad y la existencia. Los imaginarios son creaciones inacabables, infatigables, parciales, limitadas, en un devenir constante, pero, provisorios. Lo imaginario no puede ser objetivado, observado o aislado; de esta manera, su investigación es compleja y no reducible a lo instituido, es creación incesante y potencialmente instituyente. El imaginario de la masculinidad mexicana es analizado en Agustín Basave (2002); Elisa Muñiz (2002) y Elisa López y Juan Cristóbal Cruz (2015).

mexicana cuyos símbolos principales se mostraron en el charro y la china poblana.

Lo varonil delineó el contorno de los mexicanos a través de rasgos que se impusieron en cada parte del cuerpo remarcando sus contornos con trajes, vestimenta y objetos mediante sus usos y portadores de etiqueta sociales. Los adjetivos de modernidad, civilidad e higiene se colocaron en la ropa, la pulcritud y en las formas de comportamiento. El color de piel, el peso, la talla, la complexión y la salud establecieron las bases del futuro hombre cubierto por los objetos, las prendas y calzado expresando las normas, costumbres y reglas aprendidas a fin de ser partícipes activos del desarrollo personal y social del país (Enríquez y Cruz, 2020).

La hombría se construyó como un objeto visible a través de un plan de vida cuyo eje central fue el trabajo productivo, la formación de la familia y el éxito económico-social como sus ejes. El hombre activo cuyos principios guiaron sus actividades en lo social, lo político y económico. El mexicano constructor de instituciones guiando el progreso apoyado de la ciencia y la técnica sostenido por la razón científica. El mexicano impulsado por su fuerza y productividad como parte esencial del progreso social y de una participación activa en el desarrollo del futuro México (Enríquez y Sandoval, 2018).

El mexicano descrito por Martín Luis Guzmán en la novela: *La sombra del caudillo* a través del General Aguirre, personaje principal, plasmó el ideal imaginario de lo masculino en sus formas corporales y en el contenido de su asignación de género a través de las normas, valores y actitudes plasmadas en la novela, pero delineados en las siguientes líneas del texto:

Es, cierto, no era hermoso, pero tenía, y ello le bastaba, un taller donde se hermanaban extraordinariamente el vigor y la esbeltez; tenía un porte afirmativamente varonil; tenía cierta soltura de modales que remediaba, con facilidad espontánea, las deficiencias de su educación incompleta. Su bella musculatura –de ritmo atlético– dejaba adivinar, bajo la tela del traje de paisano, algo de la línea que le lucía en triunfo cuando a ella se amoldaba el corte, demasiado justo, del uniforme. Y hasta en su cara, de suyo defectuosa, había también algo por cuya virtud el conjunto de las facciones se volvía no sólo agradable, sino atractivo (Guzmán, [1929], 2002, p.86).

El hombre enérgico, esbelto y suelto fueron una parte de los atributos de una masculinidad activa, sana e independiente acorde con los ideales liberales del momento en el marco de la heterosexualidad occidental (Millington, 2017). El hombre portador de una corporalidad productiva, con modales firmes, figura atlética, rostro varonil; pero, avezado en el control de las tareas del mundo público; capaz de resolver problemas en lo personal y colectivo. El elemento central de lo masculino se restringió a una manera de abordaje de la hombría desde la visibilidad de lo varonil.

El género en la historia permite concebir las diferencias sociales entre hombres y mujeres a través de la asunción de reglas, clasificaciones, distinciones, desigualdades y subordinaciones entre los sexos contenidas en el pasado (Scott, 2008). El género se convierte en cuña teórica

mordaz en la comprensión de las disparidades entre sexos. Las separaciones aparecen como “barreras” aparentemente infranqueables, pero, vinculadas a defecciones culturales, políticas y económicas aceptadas tácitamente.

La discusión a la modernidad masculina dominante a través del género pone en tensión la relación entre el yo y el otro; colocando la alteridad, exigiendo una distancia frente a ese otro que coloca su rostro, su cuerpo y su ser en espacios particulares. El cuestionamiento a lo moderno abre la puerta de lo masculino a una concepción disímil y permeable de la subjetividad, la identidad y sus lazos tanto individuales como colectivos. Las masculinidades negadas por la modernidad lanzan cuestionamientos al proyecto económico, político y cultural asentado en la individualidad heterosexual, normal y normativa arbitraria.

Las masculinidades se topan con condiciones diferenciales que requieren ser pensadas a partir de la construcción de relaciones más equilibradas e igualitarias entre sexos y entre géneros (Flores, 2019; Halberstam, 2008 y Montesinos, 2002). Las formas de masculinidad actuales modifican la composición de la subjetividad apegada a los modelos dominantes, la estructura patriarcal y la hegemonía en la modernidad además de otras formas de ser masculino como la masculinidad femenina (Halberstam, 2008). Las masculinidades existentes rompen la barrera de dureza, fuerza y dominio recolocando la fragilidad, la evanescencia, la sutileza desde una estética de lo humano abierto a la actuación de otras maneras de ser y de una discusión de fondo sobre lo masculino fuera de lo biológico y en las relaciones de poder en juego entre la raza, el género y la clase social (Flores, 2019 y Halberstam, 2008).

El ser masculino se agrieta frente a los cuestionamientos feministas, pero, de manera especial al dilucidar la modernidad y el proceso de modernización sugeridos a través de su proyecto social, económico y cultural. La idea de virilidad, fuerza y participación en la esfera pública tradicionalmente masculina; se amplía hacia nuevos modos de estar en la sociedad tanto en el espacio público como en el privado por el aumento en la participación femenina. Los intersticios entre lo público y privado dotan a las instituciones sociales de otros imaginarios sociales sobre lo masculino.

Las mujeres, los hombres; ambos en plural, dan cuenta de significados y sentidos diferentes a la idea de lo masculino, lo femenino y las relaciones que las atraviesan. El hombre emprendedor, el hombre como el actor central se muestra hacia otro tipo de hombres amorosos, tiernos, capaces, diestros y hábiles al crear lazos más sensibles con las y los otros. Las nuevas identidades de género se muestran en las prácticas y conductas en lo público, lo privado, en el trabajo, la salud y en las relaciones de poder de la vida privada a la pública (Montesinos, 2002).

La cultura mexicana y la masculinidad moderna del siglo XX dieron cuenta de imaginarios sociales apoyados en principios políticos occidentales, misóginos y homofóbicos asentados en desigualdades sexogénicas que dieron continuidad a la hegemonía patriarcal de los proyectos políticos de los gobiernos mexicanos (Domínguez, 2013). La rotura de la modernidad mexicana del siglo XX implicó el cuestionamiento al pensamiento binario de yo/otro, hombre/mujer; femenino/masculino a fin de sugerir un espectro amplio de lo humano asentado en

el cuerpo y su textualidad fenomenológica.

Las actuaciones de los cuerpos de mexicanas y mexicanos modernos permiten comprender su verosimilitudes e inteligibilidad en el escenario colectivo e individual. Los cuerpos identificados, descritos, evaluados e interpretados a través de la explicación racionalizada de la ciencia del siglo XX son muestra de la afirmación del poder sobre otros hombres y mujeres en las instituciones, la ausencia de sensibilidad y la exigencia social de la autoridad masculina.

El análisis de los componentes racionales, emocionales; en fin, corporales son el caldo de cultivo de otras masculinidades mediante las cuales se mueve la interpretación de la estructura de la masculinidad hegemónica. La incertidumbre de lo masculino permite acudir hacia un horizonte más abierto en su comprensión. La discusión sobre las masculinidades busca evitar la explicación simple, la existencia única, la sustancia natural a fin de dar cuenta de las narrativas e imaginarios sociales que se imponen en la escritura en el comportamiento de las relaciones de género a fin de abrir los espacios sociales hacia una participación más democrática entre hombres y mujeres.

El capítulo se organiza en tres apartados: 1) Bosquejo: Masculinidad dominante en la modernidad mexicana. En esta primera parte, se analiza la masculinidad imperante en la modernidad mexicana desde el trazo de sus significaciones en la comunidad nacional a través de normas y límites sobre el sexo, la raza y la clase social. 2) Obra: Arte y ciencia de la masculinidad en la modernidad nacional. En esta segunda parte, se describen el arte y la ciencia entendidos como imaginarios sobre la masculinidad reinante en la modernidad nacional al establecer el cuerpo como instrumento principal de objetivación de la cultura nacional. 3) Interpretación: La interrogación política del cuerpo a la masculinidad. En esta tercera parte, la política, desde los grupos al margen del poder cuestionan a las instituciones sociales heterónomas de la modernidad nacional marcando sus fisuras, e indicando las formas de control sobre los sexos.

Bosquejo: Masculinidad dominante en la modernidad nacional

La modernidad nacional en México durante la primera parte del siglo XX partió de un ambicioso proyecto de cambio cultural mediante el cual se diseñó y operó desde la élite en el poder político las bases del desarrollo social, económico y cultural del país a través de un entramado jurídico, racional, sanitario, educativo y unitario (Urías, 2007). El país se pensó como una nación homogénea, civilizada e integrada al progreso del mundo occidental recuperando sus elementos indígenas, españoles, católicos, regionales y continentales (Frost, 2009). La lengua española, la cultura mestiza, el género binario, la vida citadina, la ciencia positiva, el arte mestizo y las costumbres civilizadas definirían lo mexicano en una realidad caleidoscópica, pero, tratando de hacerla unitaria (Castro-Gómez, 1993).

El imaginario del mundo moderno se hizo patente en los cuerpos de hombres y mujeres como figuras destacadas del cambio y en objetos visibles de la nueva mexicanidad expresada en las pinturas de Saturnino Herrán a principios del siglo XX, en la poesía de Ramón López

Velarde; la antropología de Manuel Gamio y a mediados del siglo XX con la Música de Chávez; la reflexión de Alfonso Reyes, Antonio Caso, Luis Villoro y Octavio Paz por citar algunos ejemplos destacados⁶. En la medicina con los directores de la Escuela Nacional de Medicina: Fernando Zárraga, Aureliano Urrutia, Julián Villareal, Ulises Valdés, Ángel Hidalgo y Nicolás Ramírez de Arellano (González, 2020). En la ciencia aparecieron las figuras de Manuel Sandoval Vallarta, Luis Ernesto Miramontes y Guillermo González Camarena. La lista de hombres responsables del proyecto de modernización mexicano del siglo XX fue apabullante y las formas en que estos impusieron sus formas de pensar y actuar sobre lo nacional quedó patente en sus producciones. La pintura de Saturnino Herrán dio un giro al mestizaje nacional colocándolo como el aglutinador de lo mexicano, en este sentido, señaló Ramón López Velarde reconociendo las ideas de Herrán:

Hijos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca, rayada en azteca, una vez que sepamos de su cuerpo las pinturas de olla de silicato, ofrece –dígámoslo con una de esas locuciones de la vida airada– el café con leche de su piel (Velarde, [1921], 1987, p. 7 Citado por López y Cruz, 2015, pp. 173-174).

El mestizaje se presentó visualmente en todas las obras de Herrán, por ejemplo, dos cuadros que colocan este imaginario son: *La cosecha* de 1909 y *La ofrenda* de 1913. En *La cosecha*, los rasgos mestizos y sus trazos representados en la pintura ofrecieron los ideales del pro-



La Cosecha, Saturnino Herrán, 1909

⁶ En la primera parte del siglo sobresalen figuras masculinas como: Andrés Molina Enríquez (*Los grandes problemas nacionales*), Julio Guerrero (*La génesis del crimen en México*), Manuel Gamio (*Forjando patria*), Ezequiel A. Chávez (*La sensibilidad del mexicano*), José Vasconcelos (*La raza cósmica*) a mediados de siglo, Alfonso Reyes (*Nacionalismo universal y humanismo*), Antonio Caso (*Unidad e imitación*), Santiago Ramírez (*El mexicano. Psicología de sus motivaciones*) y Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*). En todos ellos se establecen imaginarios sobre la masculinidad y el proyecto de construcción de sí mismo a través de las imágenes del mexicano y lo varonil con los otros. Véase Bartra (2002) e Illades y Suárez (2012).

greso, el trabajo rudo como fuente de riqueza (individual y social) y la familia como la base de la sociedad (Aguilar, 2020). En *La ofrenda* Saturnino a través de su obra pictórica recuperó los imaginarios sobre las costumbres cotidianas del pueblo mexicano fusionándolos con los valores de la conquista española y las tradiciones indígenas (García, 2015).

La modernidad costumbrista de Saturnino permeó la visión de un México integrando el pasado español e indígena con los símbolos de la modernidad nacional. Los hombres representan a través de sus cuerpos los imaginarios del trabajo, la actividad productiva y la expresión de la estética nacional del mestizaje. Las mujeres colocan lo femenino como apoyo al renacimiento nacional y los hombres la semilla del nuevo país por construir. Las normas y límites sobre el *sexo*, la *raza* y la *clase social* definieron los aspectos generales y particulares de mexicanas y mexicanos. El mundo urbano, la clase media y la heterosexualidad fueron los imaginarios del contexto de la masculinidad y el significado de lo varonil se fue cargando con rasgos particulares de lo mexicano (Muñiz, 2002).

En general se perfiló al mexicano como mestizo atribuyendo al hombre el papel de portador del orden, el progreso y la civilidad (Enríquez, 2022). En particular se establecieron medidas corporales y funcionales en los cuerpos a fin de alcanzar los estándares indicados por la biotipología a través de su caracterización sobre la mexicanidad de hombres y mujeres (Gómez, 1948 y Gómez y D'Aloja, 1947). A principios del siglo XX, en la Revista oficial de la SEP, *El Libro y El pueblo*, Jiménez Rueda sentenciaba:

Apartémonos de todo amaneramiento, de todo egoísmo. Bajemos de la torre de marfil de donde nuestra vanidad de artistas nos ha vuelto herméticos y dejando las sordinas, los refinamientos, las exquisiteces y las “discreciones”, vayamos a la “tierra baja” en donde toda una legión de semejantes nuestros, desfallecen hambrientos y se agitan y se arrastran, carentes del pan del espíritu, del pan de las ideas (Citado por Díaz Arciniega, 2010, p. 113).

El sexo fue estudiado por la medicina con el propósito de identificar científicamente las



La Ofrenda, Saturnino Herrán, 1909

diferencias entre hombres y mujeres. La medicina estudiada por Marañón, endocrinólogo español destacado del momento, instauró una explicación biológica sobre la evolución de la sexualidad humana, la intersexualidad y sus diferencias (Castejón, 2013). El estudio de las hormonas humanas le permitieron indicar papeles distintivos de cada uno de los sexos y sus funciones sociales. La endocrinología de Marañón generó imaginarios sociales binarios que señalaron sustracciones y arbitrariedades sociales sobre los sexos.

En 1922, Marañón en su obra *Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas* afirmó: “...las características físicas y psíquicas de cada sexo dependían de la secreción interna genital de cada uno...” (Citado por Castejón, 2013, p. 2). En este sentido, la total diferenciación entre hombres y mujeres se apoyó de una base “científica” cuyas afirmaciones justificaron la escisión en las actividades de hombres y mujeres a inicios del siglo XX en México.

El sexo biológico explicado desde la medicina de Marañón reafirmó y justificó “racionalmente” las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. El hombre como “hecho” para el trabajo y las actividades sociales. La mujer “apropiada” para la vida en familia, la gestación y cuidado de la prole (Marañón, 1972, citado por Castejón, 2013, p. 4). El sexo estableció diferencias sociales y culturales en sus contrastes y separaciones legitimándolas racionalmente.

La raza fue un terreno de distingos culturales en los siglos XVI, XVII; XVIII y XIX (Terrén, 2002). Las divergencias sobre la población indígenas tuvieron efecto en sus vituperios culturales en el siglo XX en el México mestizo. La raza fue una política étnica, lingüística y cultural usada como exclusión hacia los indígenas negando su participación individual y colectiva (Navarrete, 2016). Un ejemplo claro del pulso de estos imaginarios raciales, lo expresó Ezequiel A. Chávez a principios del siglo XX:

... la obra de la civilización no tan trabajosa para esta masa [indígena] compacta que por su misma insensibilidad relativa, no llega a tener nuevas necesidades y en consecuencia no acepta nada que rompa la cadena de sus hábitos: ni la lengua española de la que apenas posee unas cuantas voces carentes de sintaxis, prosodia y ortografía, ni la religión católica, de la que sólo han asimilado partes de los ritos y formas exteriores; ni los útiles, ni los trajes, ni las habitaciones, ni las costumbres. (Citado por Bartra, 2017, p. 28).

La razón univoca sobre la condición racial de México llevó Antonio Caso, José Vasconcelos, Anita Brenner y Jorge Cuesta a pensar la unidad del país y el mestizaje como la única respuesta posible desde la hegemonía masculina. La unificación nacional sería posible por la síntesis racial y el mestizaje (Caso, 1923 y Vasconcelos, 1925 citado por Bartra, 2017). El moreno nacional florecería como el maestro con la visión necesaria y la destreza idónea del espíritu de México (Brenner 1929, y Cuesta, 1932, citado por Bartra, 2017). El conjunto de ideas sobre la mestizofilia la retrató Manuel Gamio a principios del siglo de la siguiente manera:

Observando a los países que gozan de nacionalidad definida e integrada (Alemania, Francia, Japón, etc., etc.), se encuentran en ellos las siguientes condiciones: 1° Unidad étnica en

la mayoría de la población, es decir, que sus individuos pertenecen a la misma raza o a tipos étnicos muy cercanos entre sí. 2° Esa mayoría posee y usa un idioma común, sin perjuicio de poder contar con otros idiomas o dialectos secundarios. 3° Los diversos elementos, clases o grupos sociales ostentan manifestaciones culturales del mismo carácter esencial por más que difieran en aspecto e intensidad de acuerdo con las especiales condiciones económicas y de desarrollo físico e intelectual de dichos grupos (Gamio, 1916, pp. 10-11).

Las ideas de lo mestizo impactaron a la ciencia mexicana a través de la medicina, la antropología, la educación, la cultura y las teorías sociales desde las cuales se conformó un instrumental al servicio de la nación mexicana mestiza, del progreso y de su desarrollo con hombres sanos, productivos y organizadores de la riqueza nacional (Enríquez y Cruz, 2020). El médico José Gómez Robleda asumió esta tarea expresándolo de la siguiente manera:

“Debemos, pues, promover el desarrollo de un nuevo humanismo práctico y realista que nos facilite el conocimiento científico del hombre, como justamente se ha dicho, en calidad de la mejor riqueza del mundo. Urge cuidar esta riqueza, cultivarla y transformarla” (Gómez, 1948, p. 13). Lo que implicó convertir a la población mexicana en objeto de estudio a fin de conformar: “Científicamente, este problema comienza con la caracterización morfológica-estructural, o somática, del hombre medio” (Gómez, 1948, p. 13). La masculinidad propagada por los gobiernos mexicanos fue colocada desde el hombre medio a través de la «unidad nacional» impulsando una realidad política desde el proyecto nacional. La unidad de la nación impulsó la satisfacción de las necesidades inmediatas de amplios sectores populares, facilitando su manipulación y subordinación a partir de los “intereses nacionales (Pereyra, 1974). El gobierno mexicano entre 1940 y 1960, dio el 40% de sus ingresos a las inversiones públicas, aun cuando en promedio tales ingresos fueron menores al 11% del PNB, ello se debió a los escasos recursos orientados al beneficio social y a un manejo eficiente de las diferencias de clase (Pereyra, 1974, p. 137).

La «unidad nacional» implicó un control cerrado del gobierno en el terreno social, político, económico y cultural desde una visión hegemónica de la masculinidad y el acatamiento tácito de las clases sociales a este imaginario social. El imaginario social de la masculinidad dominante intentó establecer normas y límites sobre el *sexo*, la *raza* y la *clase social* en los aspectos colectivos y distintivos de lo mexicano a mediados del siglo XX en un país con una enorme diversidad social, cultural, económica y política. La vida en la ciudad, la clase media y la heterosexualidad establecieron el sentido del imaginario de lo masculino. El significado de lo varonil fue colocado desde la productividad, la fuerza y la autoridad en la casa inculcándolos como ejes del desarrollo personal y social.

Obra: Arte y ciencia de la masculinidad en la modernidad mexicana

El arte y la ciencia partieron de un imaginario sobre la masculinidad en la modernidad nacional estableciendo el *cuerpo* como instrumento principal de objetivación de la cultura nacional mexicana (Muñiz, 2002). Los artistas imaginaron lo mexicano a través de los cuerpos de muje-

res y hombres concretando sus sentidos a través del proceso de mestizaje en la pintura, la escultura, las letras y la música. El cuerpo de hombres y mujeres colocó la fusión entre lo español e indígena como la muestra palpable de la nueva nación mexicana.

La ciencia de principios del siglo XX a partir de la eugenesia, la higiene, la biotipología y la biometría integraron un discurso científico sobre el progreso de la nación a partir de la salud del cuerpo. La población fue el sujeto necesario de una labor racional a fin de mejorar las razas, cuidar la calidad de su alimentación, promover la higiene (individual y social) y establecer instrumentos de medición precisa sobre los cuerpos como la materia esencial del progreso nacional (Reggiani, 2019).

El desarrollo nacional pasó por el trazo de medidas, estándares psicológicos, somáticos, funcionales establecidos por las sociedades occidentales y civilizadas a fin de valorar la calidad de los habitantes y establecer la jerarquía social del mérito de acuerdo con los parámetros del mundo moderno (Gould, 1984). La psicometría, la biometría y el estudio de las condiciones sanitarias de la vivienda, el vestido y las costumbres pasarían por la cuantificación e interpretación del nivel de civilidad y la visualización de su mestizaje en la corporalidad de manera precisa su heterosexualidad, higiene, urbanidad y educación (Gómez y D'Aloja, 1947 y Vázquez, 2014).

Las esculturas de Ignacio Asúnsolo como el *Monumento a Obregón* de 1933; *La familia Proletaria* de 1934 y el *Monumento a Francisco Villa* de 1957, son una muestra significativa de la modernidad nacional mediante el uso de los cuerpos como portadores de la condición política y ciudadana de hombres y mujeres (Enríquez y Cruz, 2020). La modernidad de su escultura materializó los ideales de lo mexicano a través de los cuerpos de niños, mujeres y hombres como de obreros y campesinos de acuerdo con el imaginario mestizo de la productividad nacional (Enríquez y Cruz, 2020). El papel del hombre como la base del crecimiento social de la nación y el apoyo de las mujeres en las tareas que impli-



Monumento a Alvaro Obregón. Ignacio Asúnsolo, 1933. Parque de la Bombilla, Ciudad de México

caban la reproducción de la nueva patria mexicana (Enríquez, 2020).

Los imaginarios de la nación mexicana mestiza los narró visualmente José Clemente Orozco en 1926; en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en el centro histórico de la actual Ciudad de México a través del mural *Cortés y la Malinche*. El mural representa dos polos contrastantes: un papel activo en Cortés y otro pasivo en Malinche. Las puntas del mestizaje a través del conquistador: Cortés y la conquistada: Malinche. El conquistador pisa y somete a los indígenas colocados por debajo de sus pies; al mismo tiempo, sujeta la mano de la Malinche y con su brazo rodea firmemente su cuerpo. La mirada de Cortés es fría, racional y calculadora. La de la Malinche es cálida, emotiva y sensible. El conquistador domina, controla y ordena. La conquistada es suave, sumisa y obedece. El color de Cortés es frío y el de Malinche cálido (Rodríguez, 2023). Las imágenes crean sentidos y significados sobre la nación mestiza. El hombre como conquistador occidental y constructor de un México moderno. La



Monumento a la familia proletaria. Ignacio Asúnsolo, 1934. Ciudad de México.



Monumento a Francisco Villa. Ignacio Asúnsolo, 1957. Chihuahua, Chihuahua.

mujer conquistada a fin de ser la madre de la reciente patria mexicana mestiza.

En 1941 Jorge González Camarena pintó el mural: *Díptico de la vida* en el edificio Guardiola, oficinas en ese tiempo del Banco de México en el centro histórico de la Ciudad. La figura del hombre, en el mural, representó la energía con la que se generó la vida y el artífice de la construcción de los nuevos mexicanos. La mujer por el contrario simbolizó, la serenidad, la espera y la reproducción de la vida en la patria. El hombre



Cortés y la Malinche. José Clemente Orozco, 1926. Antiguo Colegio de San Ildefonso, Ciudad de México. (Fragmento mural). Chihuahua.



Díptico de la vida. Jorge González Camarena, 1941. Edificio Guardiola, Ciudad de México. (Destruído).

fue el depositario de la semilla del nuevo mexicano. La mujer aguardó a fin de recibir su semilla y engendrar a los nuevos mexicanos. Un año después, Agustín Yáñez, escribió: *Las tierras flacas* donde describió a Miguel Arcángel Trujillo/Jacob Gallo, uno de los personajes principales de

su novela con las siguientes palabras:

—¡Oh, sí, es un hombre con toda la barba, siempre le da el sol de frente, todo le sale bien, a todo le tupe, nada le asusta, y qué reata, qué dadivoso, qué partido con los pobres y necesitados, qué valiente con los malditos, qué justiciero con los maldosos; hombre de buena suerte, que ni duda cabe, pero al mismo tiempo con la cabeza y el corazón bien puestos, con los pies firmes en la tierra, con las piernas y brazos de fierro; lo que piensa lo hace y es el primero en entrar a la obra y al riesgo; el que pone el ejemplo de buen tirador, buen jinete, de amasador, de tumbador de reses, de capador, de ordeñador, de sembrador, de podador, de constructor; incansable, a los más aguerridos cansa; ocurrente, a todos admira y hace reír con agudeza; rápido, no da tiempo a meter la mano ni cerrar los ojos; estricto, ninguna dilación perdona, ni permite que discutan sus órdenes; pero que bien paga a los que le son fieles; cómo ayuda a los que le sirven; cuánto alienta a los que padecen trabajo: un hombre con toda la barba. (Yáñez, 2007 [1942], pp. 188-189)

Los rasgos descritos por el personaje retrataron e indicaron la conducta varonil heterosexual imperante acentuada por la barba, el actuar de frente; al que todo le sale bien, generoso, exitoso, valiente, justo, racional, sensible; bien parado, un hombre ejemplar, bueno en las labores, agradable, estricto y diestro al alentar a quien lo necesita. El imaginario de un hombre completo y cumplido. En 1960 Julio Bracho filma la película: *Cada quien su vida*. Un fragmento de la película retrató la hombría de la época y el vínculo amoroso heterosexual. El actor Héctor López, fue el Profesor y Kitty de Hoyos, encarna a Lolita una trabajadora sexual:

- ¿A poco de veras ha querido algo?
- Pues hace muchos años.
- ¿A quién?
- A mí mujer.
- Entonces no ha querido a nadie. Que va a querer, ni menos a su mujer.
- ¿Por qué no?
- Porque es: “Vieja y fea”. ¡Ah!, y porque es su mujer. Ya la vi el año pasado por ahí. Vino a buscarlo en la madrugada como todos los años. ¡Vieja y fea! Bueno, pero, usted en cambio.
- ¡Yo, yo qué Lolita!
- Usted no está del tiro todavía. Aunque poco le va faltando. Sino se apura.
- Si no me apuro. Verdad que todavía puedo merecer.
- Voy, pues: ¿Qué espera profe?
- ¿Qué? ¿Qué espero? ¡Ay!, Lolita, no me haga hacerme ilusiones.
- ¿Conmigo profesor?
- ¡Con usted! Usted no es vieja, ni fea. Yo necesito una mujer que me haga valer. Porque usted no sabe lo que es pasarse años y años con una esposa que va engordando y teniendo hijos y arrugándose y mirando al techo cuando uno todavía la mira a ella. Porque

usted no sabe lo que es sentir que todo va acabándose y no atreverse ir un día ir con otra y probarse uno mismo que sigue siendo hombre y llegar ese día y tomar para atreverse. Emborracharse porque el miedo es más grande y luego cuando se ha vencido el miedo y la mente dice sí, que sí a gritos, sentir que el cuerpo no responde. Seguir tomando hasta ahogarse y no atreverse a nada. A nada a nada (Bracho, 1962).

El fragmento contó la virilidad desde el terreno de la heterosexualidad cuyo centro de interés fue la hombría como la capacidad juvenil, el atractivo físico y el cuerpo vigoroso. La masculinidad abocada al narcisismo personal, la productividad y la fortaleza (física, social); de manera destacada, mantener la unión con el amor romántico que sujeta a la mujer al yugo con la persona amada preferentemente el hombre (Bergara, Riviere y Bacete, 2008). La masculinidad en el terreno de la unilateralidad y de su restricción en la racionalidad política puso en un ojal al pensamiento racional desde lo hegemónico occidental y moderno.

En el terreno científico la biotipología mexicana jugó una tarea central en el pensamiento de lo masculino y en la imagen de lo mexicano. La biotipología estableció los rasgos normales, sanos y productivos del cuerpo de mexicanas y mexicanos además de indicar la forma en que los factores normativos, ambientales, sanitarios y de costumbres afectaban la formación e influían en las tareas productivas, en este sentido, indicó Juan Comas:

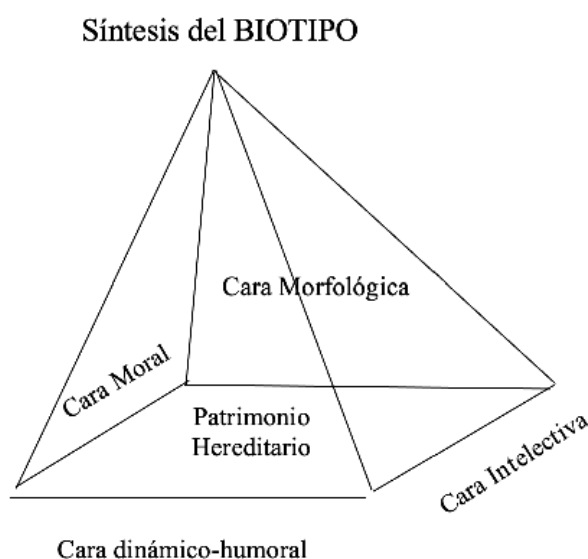
Así considerada, la Biotipología es eugenesia y puericultura en tanto que aspira al desarrollo humano racional, tendiendo a formar hombres sanos, equilibrados, resistentes y útiles física e intelectualmente; es genética porque con la utilización del carnet biológico individual se posibilita el establecimiento de una doctrina de la herencia fisiológica y patológica con sus factores hereditarios, potenciales, de costumbres, climáticos, ambientales y tradicionales; es medicina escolar porque se ocupa del crecimiento físico, de la higiene mental, de la corrección de las anomalías físicas y psíquicas, y por tanto de programas de trabajo didáctico; es orientación profesional porque debiéndose armonizar las aptitudes del individuo con el trabajo que mejor se le adapte y en el cual rinde más, se conserva así su salud, etc., etc. (Comas, 1944, p.62).

La biotipología de Pende, de acuerdo con Comas, estableció un esquema del biotipo humano formado por una pirámide cuadrangular con cuatro caras: a) Morfológica, b) Dinámico-humoral, c) Moral y d) Intelectiva. La base de la pirámide correspondió al patrimonio hereditario con las cuatro caras laterales:

- a) Morfológica: la masa corporal global, proporciones altura y anchura, estenia o hipostenia deducida del conocimiento de los aparatos respiratorio, circulatorio, genital, hemoyético y musculo-ligamentoso.
- b) Dinámico-humoral: la orientación neuro-vegetativa, fórmula endocrina, energía, velocidad e irritabilidad funcional, diatesis morbo dominante [predisposición orgánica a padecer una enfermedad] y grupo sanguíneo.
- c) Moral: el desarrollo de las esferas intuitiva, sentimental, emotiva, volitiva, velocidad de reacción

psíquica, del autodomio, del sentido crítico y las actitudes introvertidas y extrovertidas.

- d) Intelectiva: el desarrollo de la atención, memoria, concentración mental, inteligencia fantástica, concreta y abstracta, imaginación e invención, intuición, lógica, pensamiento sintético y pensamiento analítico (Comas, 1944, p. 63). Ver Imagen 1. Pirámide Biotipológica de Pende.



(Comas, 1944, p. 63)

En síntesis, Pende, de acuerdo con Comas, señaló:

“...la importancia del estudio biotipológico en cada persona a fin de conocer su resistencia vital general, aptitud para el trabajo manual, aptitud para el trabajo intelectual, provecho escolar y profesional, valor económico, social y reproductiva del sujeto” (Comas, 1944, p. 64).

En otras palabras, el estudio científico de la biotipología indicó las capacidades y aptitudes laborales, profesionales y las actitudes óptimas de una vida productiva en la población nacional.

La masculinidad desde el imaginario artístico y científico dio muestra de los elementos imprescindibles de lo varonil establecidos por el proyecto político de la modernidad nacional desde los valores del varón heterosexual mestizo y hombre medio. Agustín Yáñez lo describió líneas atrás: *hombre con toda la barba, el actuar de frente; al que todo le sale bien, generoso, exitoso, valiente, justo, racional, sensible; bien parado, un hombre ejemplar, bueno en las labores, agradable, estricto y diestro al alentar a quien lo necesita.*

Interpretación: La interrogación política del cuerpo a la masculinidad

La política como acción reflexiva cuestiona permanentemente la realidad imperante en las instituciones, e indica otro entorno imaginado entre el instituyente y lo instituido. Lo imaginado no en los hechos sino en las significaciones posibles como la simiente de un plan en devenir constante. La política al interrogar sobre las instituciones imaginarias de la sociedad propicia procesos de autonomía en los sujetos tanto en el plano social como en el individual. En lo social

al cuestionar: ¿Nuestras leyes son buenas? ¿Son justas? ¿Qué leyes debemos hacer? En lo individual al interrogar: ¿Es verdad lo que pienso? ¿Cómo puedo saber si es verdad? (Castoriadis, 1997). La política como labor heurística acuciosa lanza preguntas a los imaginarios contruidos sobre la masculinidad unívoca del México moderno en el siglo XX.

El cuerpo se convierte en materia visible de aceptación y rechazo social a través de su calidad ciudadana (Enríquez y Cruz, 2020). La naturaleza política del cuerpo permite su aprobación o repudio de acuerdo con los portadores de civilidad: sexo, edad, clase social y origen racial. El hombre visualizado en el contexto de la modernidad laica muestra sus características masculinas destacadas a través del alma empresarial del éxito, trabajo, vigor, energía, valor, serenidad y competencia (Barrón, 2010). La mujer por su parte debe ser virtuosa, fiel esposa, buena madre además de poseer un cuerpo atractivo y adecuado para la crianza (Serrano, 2010).

La participación política de los grupos diferentes como los anormales y los homosexuales remarcaron sus distinguos sobre la masculinidad socialmente normada a mediados del siglo XX en el México moderno. Las instituciones sociales heterónomas de la modernidad nacional mostraron sus fisuras tras las perplejidades dejadas por estos grupos al indicar sus tonos grises. La masculinidad impuesta en la modernidad nacional dio cuenta de normas, costumbres y leyes apegadas a su horizonte cultural; al mismo tiempo, de sus excesos y las ausencias dejadas tras estas imposiciones. La alteridad confrontó la masculinidad fragmentaria; los otros hombres, mujeres e infantes soterrados abrieron y colocaron los olvidos en el plano político del examen.

El cuestionamiento a la hombría reinante a finales del siglo XIX y principios del XX fue narrado a través de la vida de Julia Pastrana, una mujer con el síndrome del hombre lobo. La masculinidad femenina de Julia Pastrana situó los rasgos biológicos masculinos en un cuerpo de mujer como disputa al poder político imperante (Halberstam, 2008). Pastrana dejó huellas palpables sobre la falta de sensibilidad de la mirada masculina heterosexual de su tiempo sobre su cuerpo lleno de vello, barba y bigote, pero remarcado por sus cade-



Julia Pastrana, imagen de un libro de 1900.

ras, senos y facciones femeninas. El desconocimiento a su dignidad como persona con una masculinidad femenina en el siglo XIX fue ignorada. Otro ejemplo de masculinidad impositiva fue “El baile de los 41”, durante el Porfiriato. El caso de los 41 señaló las prácticas homosexuales como expresiones de una masculinidad discordante a la propuesta por la heterosexualidad en el Porfiriato. Un tercer ejemplo fueron las explicaciones dadas durante la primera mitad del siglo XX a la anormalidad escolar. Los “anormales escolares” contaron sobre los reparos de la razón masculina, su poca receptividad frente a la distensión en el contexto educativo.

Los datos que se tienen de Julia Pastrana permiten ubicar su nacimiento en la Sierra de Sinaloa en 1834, en la tribu de los indios “root diggers”: “buscadores de raíces”. Describe Adaro (2019) como Julia tuvo una infancia difícil. Al momento de nacer presentó *hipertrichosis terminalis* (síndrome del hombre lobo) y una malformación bucal que afectó sus mandíbulas. La pequeña Julia trabajó como sirvienta en la casa del gobernador de Sinaloa, donde aprendió canto, baile e idiomas. En 1854 fue “contratada” por el Museo de P. T. Barnum y llevada a EUA en su condición de “rareza” viviente. Posteriormente, contrajo matrimonio con Theodore Lent, quien será su “*mánager*” oficial y encargado de exhibirla en diferentes lugares de EUA y Europa.

En 1860, continúa Adaro (2019), Julia realizó un viaje a Moscú, donde da a luz a un niño que muere a las pocas horas. Cinco días después, Julia fallece a causa de una fiebre puerperal. Lent vende los cuerpos de Julia y su hijo al Dr. Sokolov de la Universidad de Moscú a fin de ser embalsamados y exhibirlos como objetos comerciales en distintas ferias. Los cuerpos momificados de Julia y su pequeño transitaron por distintas familias que los capitalizan. Entre 1971-72 el parque itinerante de diversiones *Million Dollar Midway* (EUA.) los mostró públicamente. A fines de los 70 los cuerpos fueron devueltos a Noruega, no sin antes pasar por diversos percances. Finalmente, el cuerpo de Julia es depositado en las bodegas de la colección Schreiner, de la Universidad de Oslo.

El cuerpo de Julia Pastrana se cosificó a fin de convertirlo en anormalidad, extrañeza y monstruosidad en una estética que lo colocó en la parte más baja de la jerarquía masculina y humana. La anormalidad de su cuerpo le restringió el camino a la normalidad social quedándole sólo ser objeto de observación a partir de la pulsión voyerista y escópica (Adaro, 2019). La mirada del otro le llevó al terreno público donde la regulación le marcó su valor por el rédito económico que le dio a su apoderado y esposo (Adaro, 2019). La modernidad masculina se impone violentamente en la individualidad sobre el otro y lo coloca en el terreno del salvaje, bárbaro e incivilizado (Dussel, 1992 y De Certeau, 1997).

“El baile de los cuarenta y uno”, o según el periódico *Hojas Sueltas*, el baile de “Los 41 maricones, muy chulos y coquetones”; fue una batida realizada por el cuerpo policial del gobierno de Porfirio Díaz, el 18 de noviembre de 1901. El baile se realizó en la Colonia Tabacalera, en la calle La Paz, en la actual Ciudad de México. Los 42 participantes del baile estaban divididos en dos grupos: 21 vestidos de hombres y los otros 21 de mujeres. De los 42 hombres solo fueron arrestados 41, de aquí proviene el nombre. La prensa mexicana convirtió el zapateo en un es-

cándalo por dos hechos destacados: 1) Ser los participantes del baile: “maricones, jotos, afeminados”. 2) El tener entre sus detenidos a Ignacio de la Torre y Mier perteneciente a la clase alta de la sociedad porfiriana y yerno del presidente Díaz. El escándalo fue uno de los más sonados al comienzo del siglo XX en la sociedad mexicana Porfiriana.

La modernidad nacional mexicana del Porfiriato estableció una disciplina social férrea sostenida por un “dispositivo de sexualidad binario” apoyada de una bio-política disciplinar sobre el cuerpo y el alma (Foucault, 1984). El pensamiento, la voluntad y las acciones fueron juzgadas por la moral Porfiriana a fin de desechar los bajos instintos, anormalidades, inadap-taciones; castigar las intransigencias, ataques y desacatos tratando de evitar las perversiones y agresividades en el cuerpo social (Foucault, 1984). Castigar lo malo y recompensar lo bueno; fundamentalmente, imponer el espíritu empresarial y capitalista a través del éxito logrado por el trabajo, la competencia y la individualidad. Luchar contra la poca virilidad, la criminalidad y la enfermedad de hombres afeminados, insanos, anormales, criminales y poco virtuosos incapaces de procrear hijos (Barrón, 2010 y Domínguez, 2015). En este sentido, escribió Monsiváis:

“...lo masculino es la substancia viva y única de lo nacional y de lo humano, entendido lo masculino como el código del machismo absoluto que nunca requiere de una definición, lo humano como el cumplimiento de los deberes para con la mitología de la especie, y lo nacional como el catálogo de virtudes posibles, que ejemplifican los héroes y, en la vida diaria, “los muy machos” (Monsiváis, 2001, s/p) (cursivas del original).

La redada de los 41 siguiendo a Monsiváis (2001) estableció a principio del siglo XX “jurisprudencia” sobre la represión legal a los homosexuales. La escarificación hacia la población homosexual por la autoridad policiaca colocó la moral laica heterosexual como el parámetro de legalidad. Las persecuciones continuas, las coerciones de policías; las palizas, las torturas, los insultos, los encierros en separos, cárceles y penales sin razón alguna son parte de las violencias y exclusiones hacia los homosexuales. Los grupos de policías aprenden la sonada frase “lícita” antes del golpe, la cárcel o la agresión: “Ofensas a la moral y las buenas costumbres.” (Monsiváis, 2001, s/p.).

La homosocialización de la política mexicana del Porfirismo, la revolución y la posrevolución se configuraron por la misoginia y homofobia como los parámetros sobre la definición y control de los cuerpos masculinos (Domínguez, 2013). Los otros, los homosexuales, fueron la población excluida, condenada, discriminada y reprimida por la moral prevaleciente en la sociedad mexicana y asumida por cada mexicano al grito de “soy bien macho, no me rajo” y “quítate de aquí puto”.

En 1936 la clínica de la conducta como parte del Departamento de Psicopedagogía y Médico Escolar de la Secretaría de Educación Pública recibió diversos casos de niñas y niños anormales. Dos casos que recupera Negrete (2016) son: el de una niña y un niño. El primero, el de una niña de 10 años que fue encontrada practicando onanismo junto con una de sus compañeras. El segundo, un

niño que presentaba nulo aprovechamiento escolar en las clases a las que asistió en la escuela.

En la investigación realizada por la clínica se describió a la niña con un cráneo pequeño, estatura baja además de un rostro con prognatismo; profusión del maxilar inferior de manera que los dientes no se alineaban debido a la forma de sus huesos. La madre era epiléptica y el padre nunca se encontraba en casa. El diagnóstico realizado por la clínica de la conducta fue: “una niña emotiva con reacción cortico vagal”; en otras palabras, sus emociones aumentaban o disminuían de modo continuo (Negrete, 2016, p. 91). El docente poco tiempo después informó que la niña dejó de masturbarse, sin embargo, la idea de homosexualidad y su tipificación como desviación social se demostró por el tratamiento otorgado y las acciones realizadas en su reducción (Negrete, 2016).

En el caso del niño el estudio de su situación, siguiendo a Negrete (2016); reveló ascariasis, una infección intestinal severa que llevaron a pensar su problemática como de origen biológico y no psicopedagógico. Las causas de las conductas escolares aparecieron al margen de su contexto: pobreza, falta de alimentación y cuidados. Las dificultades de aprendizaje se “identificaron” sin comprender las diferencias del país con respecto a las naciones industrializadas tales como: pobreza, hambre, higiene familiar y atención pedagógica.

La anormalidad: “monstruosidad, homosexualidad y los problemas de conducta” permiten indicar los modos en que las prácticas disruptivas mostraron otras maneras de estar en el mundo y las formas en que la razón masculina unilateral no pudo entender tanto las emociones como el contexto socio-cultural. La masculinidad estuvo delimitada por el Estado mexicano que indicó las normas desde la nación mestiza, aglutinando sus intereses sobre lo mexicano en la historia, arte, cultura y ciencia. La moral religiosa se desplazó por la laica a través de la figura del empresario exitoso y del hombre como trabajador o profesionista competente. La vida cotidiana del mexicano sobre lo masculino unificó visiones, nulificó la diversidad, neutralizó las oposiciones a fin de procurar el desarrollo capitalista por la estabilidad de las instituciones de la unidad nacional (Monsiváis, 2015 [1981]).

CONCLUSIONES

El proyecto de modernidad nacional mestizo impulsado por el gobierno mexicano a mediados del siglo XX; se impuso sobre las diferencias entre sexos, razas y clases sociales palmariamente en las políticas indígenas, proletarias, educativas, sanitarias, científicas y sociales durante la primera parte del siglo XX. La realidad diversa y distinta de estos grupos mostró fracturas en el proyecto de desarrollo nacional mediante su sesgo racista, cientificista, capacitista y heterogéneo sobre el género. El grupo del poder masculino concedió el sentido de lo varonil tratando de imponer significaciones imaginarias sobre la unicidad del hombre mexicano en una nación múltiple y diversa. El ser hombre, el no ser hombre, y su contrario la mujer se cargaron de sentidos binarios y de atributos desde la heterosexualidad del hombre proveedor y la mujer madre. El mexicano del siglo XX pensado por intelectuales, artistas, científicos y políticos se

definió por los rasgos de la racionalidad, la imparcialidad y el trabajo indicado en la cartilla moral de Reyes. La moral laica y al modelo económico del capitalismo a través de las significaciones sobre el hombre de clase media, ciudadano, mestizo y heterosexual se trató de imponer en una realidad contrastante. El hombre capaz de actuar y construir la nación mexicana única, homogénea e integrada apareció en un escenario donde lo masculino comenzó a cargarse con otros sentidos a partir de lo homosexual, anormal y masculino indígena. El modelo de vida occidental, moderna, mestiza y heterosexual cerrada apoyada en la razón científica se difundió a lo largo del país sin reparar en las disimilitudes imperantes en cada región, estado y los espacios de cada localidad.

El arte y la ciencia fueron claros ejemplos de los imaginarios corporales de la masculinidad dominante objetivados en la cultura nacional mestiza; por ejemplo, la escultura de Ignacio Asúnsolo y la pintura mural de Rivera, Orozco y Siqueiros. La música clásica mexicana de principios del siglo XX con su integración de sonidos entre lo indígena, colonial, español, católico y mestizo fueron ejemplos de la fusión de elementos bajo la batuta de una nación única. La arquitectura, la pintura y las letras expresaron las ideas de lo nacional bañado de lo occidental y retocado con las expresiones estéticas indígenas. El arte mostró los cuerpos y las expresiones de lo masculino y femenino heterosexual delimitando lo mexicano en una visión fusionada sin reparar en el caleidoscopio de lo masculino y en su multiculturalidad negada. La pintura de Saturnino Herrán, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros mostraron la belleza del mestizaje para puntualizar a la patria indígena desde la mirada occidental. El mestizaje de González Camarena exhibió la idea de lo nacional, pero, sus diferencias, matices y preferencias salieron a flote en sus lienzos y murales.

El cuestionamiento a las políticas imperantes se realizó a través de las manifestaciones artísticas, sociales y políticas de sectores disímiles como: homosexuales, discapacitados y mujeres. La literatura de Novo, Pellicer y Villaurrutia dieron cuenta del erotismo masculino entre hombres a fin de mover la razón de lo masculino heterosexual frente a la sensibilidad y el sentimiento en la naturaleza viva. La discapacidad fue claramente cuestionada por Antonin Artaud un dramaturgo francés que desde su posición reivindicó a los indígenas y cuestionó el diagnóstico de la anormalidad imperante. La política de la diferencia negada puso en duda lo otro de la raza, género, clase, capacidad y edad. Los monstruos, los anormales, los perversos, los desviados y los rebeldes se pusieron en la mesa nacional; pero, fueron la parte sin sazón, sin sal y desabrida de sus discrepancias lo que comenzó la fractura de la unicidad nacional. Los 41 asomaron con sus bigotes, faldas y tacones retando políticamente a la hombría de principios de siglo, pero, afinando el derecho a la ternura y a la pasión homomasculina. La masculinidad reinante a mediados del siglo XX mexicano apareció como injusta, insensible e incapaz de mirar, escuchar y saber sobre el otro diferente y su alteridad. Los otros mexicanos que vivieron sintieron y se expresaron en otras maneras de ser hombres en la poesía, la pintura, el amor, el trabajo, el deporte y en sus cuerpos fueron la huella del distingo ocultado por la arbitrariedad dogmática.

REFERENCIAS

- Adaro, M. (2019). Julia Pastrana: acciones y biopolíticas para una historia de las miradas. *LUR*. <https://e-lur.net/articulos/julia-pastrana-acciones-y-biopoliticas-para-una-historia-de-las-miradas/>
- Aguilar, J. (2020). El realismo de Saturnino Herrán. *Gaceta facultad de Medicina*. <https://gaceta.facmed.unam.mx/index.php/2020/09/30/el-realismo-de-saturnino-herran/>
- Asúnsolo, I. (1933). *Monumento a Álvaro Obregón* en el Parque de la Bombilla. Ciudad de México. <https://www.facebook.com/groups/545101568990286/posts/3152316174935466/>
- Asúnsolo, I. (1934). *Monumento a la familia proletaria*. <https://mexicocity.cdmx.gob.mx/venues/familia-proletaria/>
- Asúnsolo, I. (1957). El Monumento a Francisco Villa. *El Heraldo de Chihuahua*, 12 de julio de 2023. Foto de Manolo Aguirre. <https://oem.com.mx/elsoldeparral/local/monumento-a-la-division-del-norte-la-controversial-historia-de-la-estatueta-de-villa-20371096>
- Barrón Gavito, M. A. (2010). El baile de los 41: la representación de lo afeminado en la prensa porfiriana. *Historia y Grafía*, 34, 47-76. <https://scispace.com/pdf/el-baile-de-los-41-la-representacion-de-lo-afeminado-en-la-49afcaupwf.pdf>
- Basave Benítez, A. (2002). *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*. Fondo de Cultura Económica.
- Castejón Bolea, R. (2013). Marañón y la identidad sexual: biología, sexualidad y género en la España de 1920. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 189 (759), 1-9. <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1544>
- Enríquez Gutiérrez, G. (2022). "Masculinidad y deporte a mediados del siglo XX en México: la interpretación de José Gómez Robleda, 1937". *Revista Alter Enfoques críticos*, 25, 51-68.
- Enríquez Gutiérrez, G. A. y Cruz-Cruz, J.C. (2020). Contornos y límites corporales del hombre medio en México (1930-1960). *Revista Corpo-grafías: Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 7, 7, pp. 55-67. https://www.researchgate.net/publication/340877578_Contornos_y_limites_corporales_del_hombre_medio_en_Mexico
- Enríquez Gutiérrez, G.A. y Sandoval Vázquez, F. R. (2018). La construcción del hombre medio en José Gómez Robleda: biotipología y masculinidad en México (1940-1960). *Mitologías hoy*, [S.l.], 18, 187-204. <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v18-gutierrez-sandoval/587-pdf-es>
- Flores, V. (2019, del 29 de julio al 1 de agosto) Con luz propia. *Mesa redonda. Masculinidades: (re)definiciones y apuestas entre la academia y el activismo. XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y el IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Universidad Nacional del Mar del Plata. Buenos Aires, Argentina. <https://escritoshetericos.blogspot.com/2019/07/con-luz-propia.html>
- García, A. B. (2015). Análisis iconográfico e iconológico. Saturnino Herrán: La ofrenda. https://www.academia.edu/7810134/Saturnino_Herr%C3%A1n_La_ofrenda_1913_ficha_comentada
- González Camarena, J. (1941). *Díptico de la vida*. En: Patiño Guadarrama, A. (2015). Del mural a lo inmoral La censura en la obra Díptico de la vida de Jorge González Camarena. *Crónicas. El Muralismo, Producto De La Revolución Mexicana, En: América*, 150-159.
- Herrán, S. (1909). *La cosecha*. Fuente: <https://museoblaisten.com/Obra/2020/La-cosecha>
- Herrán, S. (1913). *La ofrenda*. [https://es.wikipedia.org/wiki/La_ofrenda_\(Saturnino_Herr%C3%A1n\)](https://es.wikipedia.org/wiki/La_ofrenda_(Saturnino_Herr%C3%A1n))
- Julia Pastrana. Imagen de un libro de 1900. https://en-wikipedia-org.translate.goog/wiki/Julia_Pastrana?_x_tr_hl=es&_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl&_x_tr_pto=tc
- Monsiváis, C. (2001). Los 41 y la gran redada. *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/revista/los-41-y-la-gran-redada/>
- López Pedraza, ME y Juan Cristóbal Cruz Revueltas, JC (2015), Modernismo, pasado, presente. El México de Saturnino Herrán. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 61, 163-178. <https://www.scielo.org.mx/pdf/treh/n61/n61a5.pdf>
- López Velarde, R. (1987). *La novedad de la patria y otras prosas de Ramón López Velarde*. Asociación Nacional de Libreros A.C. https://fdrlv.colsan.edu.mx/wp-content/uploads/2019/12/1987_novedaddelapatria-C.pdf
- Orozco, J.C. (1926). *Cortés y la Malinche* fragmento. https://es.wikipedia.org/wiki/Cort%C3%A9s_y_La_Malinche

Pastrana, J. Fotografía de un libro de 1900. https://es.wikipedia.org/wiki/Julia_Pastrana

Rodríguez Mortellaro, I. (2023). Malinche en el siglo XX: un mural de José Clemente Orozco, México, *Noticonquista*. <https://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/375/363>

Sánchez, G. (2020). Medicina mexicana del siglo XX. *Unidades de Apoyo para el Aprendizaje*. CUAED/Facultad de Medicina-UNAM. https://repositorio-uapa.cuaed.unam.mx/repositorio/moodle/pluginfile.php/2113/mod_resource/content/4/contenido/index.html

Serrano Barquín, H. P. (2004) La dominación masculina en México. Algunos aspectos formativos y educativos. Fines del siglo XVIII y XIX. *Tiempo de Educar*, 5,(9), 11-48. <https://www.redalyc.org/pdf/311/31100902.pdf>

Vasconcelos, J. (1925). La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Espasa-Calpe Mexicana S.A. https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/IM/1948-raza_cosmicaVasconcelos.pdf

